

EVOLUCION – TRANSFORMACIÓN

El pintor alterna su trabajo entre el estudio de Madrid y el situado en el Campo de Salamanca, donde había rehabilitado una antigua casona familiar.

A partir de 1969 se refugia en este lugar la mayor parte del tiempo. Este espacio va adquiriendo paulatinamente el espíritu de su personalidad, identificándose mutuamente cuadros y entorno, que se alimentan de las mismas vivencias.

El artista ama este campo y su fisonomía particular, su vegetación árida, sus viejos troncos de encina con sugerentes oquedades, sus grandes peñas entretejidas de carrascos, y en ese mundo vive y sueña mientras va poblando sus anaqueles de objetos fantásticos, de elementos que recaba para su compañía, de colecciones.

Mientras tanto pinta incesantemente en ese mundo extraño y peculiar, desarrollando sus elucubraciones y sus mitos.

Aislado de todo el urbano bullicio (del mundanal ruido), escucha el aullido del lobo, el balar de las ovejas y cabras, el canto del búho, y entre esa fauna y flora se debate en el silencio infinito y sobrecogedor de los alrededores de la sierra de Francia.

Aquella etapa anterior de explosión colorista, ilusionada y lírica, da lugar a otra, más austera y esquemática en la reflexión profunda de la soledad. En su introversión, mientras un mundo exterior se desgarran en batallas y tecnicismos, un nuevo fantasma se yergue arrogante ante sus sueños solitarios.

La magia de la peña de Francia le ha atrapado.

Entretanto su obra va adquiriendo una nueva transformación. La vida contemplativa, el ritmo intemporal del campo, el lento transcurrir de los días en soledad y las noches encendidas con el fuego de la leña y la sugerente luz de las velas hacen desarrollar los fantasmas de la mente con sus peculiares formas.

Desarrolla múltiples bocetos emplazado sobre las peñas de un alto sierrro, desde el cual, en vista panorámica se contempla un horizonte infinito de encinares con el telón de la peña de Francia al fondo.

Allí recostado sobre su perra Tula comienzan las visiones y los sueños.

La observación detenida de esos grandes espacios de cielo, parece exigirle la presencia de una poderosa forma, que cubra dominante, esas enormes dimensiones, esos gigantes vacíos silenciosos, sobre la corteza terrestre.

Aparecen en sus telas unos extraños paisajes con un espacio abierto, en cuyo centro se incorporan formas que adoptan fisonomías insólitas y diferentes en cada caso. Espectros de planetas imaginarios, desdoblamiento de fósiles, crustáceos, formas óseas o gigantescas burbujas de algas. Y allá a lo lejos, se van incorporando como fantasmas desde la lejanía, unos seres antropomórficos compuestos de engranajes, que acabarán siendo las **Máquinas Creyentes**.